

E L

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEBLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Aspiracion del alma*, poesia, por don José Lamarque de Novoa.—*Bondad infantil*, (conclusion), por D. Domingo Fernandez Arrea.—*Hijo por hijo*, (continuacion), por doña María Mendoza de Vives.—*Las lágrimas*, poesia, por el marqués de Heredia.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Labores*, por Pamela.

Con este número se reparte un pliego que contiene 44 dibujos y el pliego doce del tomo cuarto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XII.

MÉLIDA Á CLARA.

Urrea, enero de 18...

Tu marido no ama á Honoria: lo sé: estoy segura de ello, y por eso te lo puedo asegurar á tí.

No, no miente aquel acento con que al abrazarme desecha en el llanto, que arrancaban á esta desgraciada mujer tus sospechas, me ha jurado que jamás le ha dirigido Camilo ni una palabra de amor, ni una sola que no hubiera podido oír una hermana.

Clara, yo creo que tu imaginacion ardiente sueña penas, y que tu puedes decir con una dulce poetisa:

Y es lo mismo que todos los pesares
del mundo tenga, ó que los sueñe todos,
si se sufre igualmente de ambos modos.
Sí, Clara: sueño y no mas son las penas que
hasta ahora te han aquejado; viéndote demasia-

do feliz al lado de Camilo, te asustaste de tu propia dicha, y buscaste al lado de la felicidad el dolor, temerosa de perder aquella.

Porque, si tu marido no ama á Honoria, ¿á quién amarás? solo de ella sospechabas: solo había ella crees que se encaminaban el pensamiento y el corazon de Camilo: pues bien, ya puedes vivir contenta y tranquila, mi pobre Clara: no existe nada de lo que suponias.

Honorio llegó hace dos dias: no te he escrito antes, porque queria observarla para consolar-te, ó reconvenirte: felizmente, tengo que hacer lo segundo: ¡ingrata! ¿por qué no te aseguras de si son tus males verdaderos, antes de afligirme con ellos?

Honorio está tranquila: una sola pena tiene: que la hayas juzgado infiel á tu amistad.

Esclarecido ya este punto, pasaré á hablar-te de mi vida, que ha tenido alguna variacion.

Mi madre Catalina se va volviendo cada dia mas condescendiente conmigo, y me parece que su carácter ha cambiado de una manera radical: cuando le pedí permiso para recibir á una amiga, que queria pasar á mi lado algunos dias, y que se hallaba triste y delicada de salud, me preguntó:

—¿Es verdaderamente tu amiga, ó es de esas muchas, á quienes en las ciudades dais ese nombre?

—Es la mejor amiga que he tenido nunca,

madre mia, contesté: es la excelente señora que dirigió mi educación.

—¿Una que es francesa?

—Sí señora.

—Pues, hija, lo que es en Valentina ha dado una muestra fatal de lo que es la educación que sabe dar: es verdad que aquella nació ya con inclinaciones que tu no tienes: si es amiga tuya, basta para que sea aquí muy bien venida: le dispondremos el cuartito de los tilos: ¿será bastante bueno?

—¡Que si será bueno! ella le encontrará encantador, madre mia.

—Pues cuidate de que Juana lave muy bien los ladrillos, y los cristales: y luego, que baje Anton el rollo de estera fina que sobró de vuestro cuarto, y que lo alfombre con él: mas tarde iré yo á dar una vuelta.

Entre Juana, Anton y yo, hemos arreglado el cuartito llamado de los tilos, porque hay dos delante de la ventana, tan grandes, que en el verano le prestan como una cortina de follage y de verdor.

No te puedes figurar, Clara, un sitio mas encantador para leer, para rezar, ó para meditar, que este pequeño aposento, sentándose en un sillón junto á la ventana.

Las sillas son de anea, pintadas de verde; yo tengo dos colgaduras para la mesa de mi tocador, y saqué la que guardaba de reserva, vistiéndola con ella una mesita para Honoria: acababa de arreglarla, ayudándome Bautista, cuando entró nuestra madre: se detuvo á la puerta y recorrió el aposento con una mirada casi triste.

—Esto no está bien, dijo: Juan, hijo, monta á caballo: que Anton monte tambien y marchad á la ciudad á comprar lo que falta aquí: que haga Mélida una lista.

Después de decir estas palabras, me tomó de la mano, y puso en ella un envoltorio de papel muy pesado, aunque muy pequeño.

—¿Qué es esto? dije yo.

—Esto es, repuso, que tu padre ha vendido algunas piezas de tu pinar, porque le hacian buen partido, y convenia aclararlo un poco para que cobren mas vigor los pinos jóvenes: él lo entiende como nadie: aquí tienes el importe, hija mia: son seis mil reales: ya lo sabe Juan, que hizo el ajuste con su padre.

—¡Madre! exclamé: ¿qué le he hecho yo para que así me ofenda? ¿piensa V. acaso que yo tomaré dinero alguno? ¿habia de ser mi padre el administrador nada mas de lo poco que mi ma-

dre pudo darme? ponga V. ese dinero con los demás fondos de la casa.

—¡Pero si es tuyo!

—Nada hay aquí mio, todo es de Vds. entanto que vivan; Juan y yo solo queremos una pequeña pensión para dar limosnas, para comprar libros y para que no me falten útiles de costura, á fin de que yo pueda bordar.

Nuestra madre calló: pero aquellas dos anchas lágrimas, lenguaje mudo y elocuente, que espresa siempre una fuerte emoción, rodaron por sus mejillas.

—Juan, dijo á mi marido: en vez de ir con Anton, te vas con Mélida: y vas al mejor taller de coches á elegir uno como le guste á ella.

—¡Un coche! exclamé yo: ¿para qué?

—Para que Juan y tú vayais á la ciudad: en casa hay buen ganado, y criados: solo cuesta comprar el coche, y así vais con mas comodidad: tienes para ello: cómpralo tan lujoso como quieras: para que os lleve ahora, voy á enviar á pedir el suyo á la señora mariscala.

—No haga V. eso, le dije yo.

—¿Por qué?

—Iré con Juan, en el carrito cubierto de casa.

—¿Cómo! ¿irás tú en el carrito?

—Sí, madre mia: ¿no vá V.?

—¡Yo es otra cosa!

—Ciertamente: por eso lo que vamos á comprar, ya que V. nos lo permite, es, no un elegante landó ó una lujosa berlina, sino una cómoda y espaciosa tartana, donde vayamos toda la familia: podremos ir en ella, V., mi padre, el señor sura, su hermana, Santiago, María, Juan y yó; y además, cogerán tambien todas nuestras compras y provisiones.

—¡Eso será muy bueno! exclamó mi madre: y en ella podremos ir á comer á las viñas!

—Ya se vé que sí; y traer buenos cestos de uvas!

—¿Y no te disgustará ir en ella?

—No le digo á V. que voy á ir con Juan en el carrito?

—Pues á la vuelta traeros la tartana: toda mi vida la he deseado; pero no me atrevia á comprarla, porque no me criticaran en el pueblo: ahora con la excusa de que es para tí, porque á tí te está bien y á mí no, nada dirán!

—Madre mia, obremos bien y que digan lo que quieran. Usted no querria salir en una berlina, pero irá bien en una tartana: compremos, pues, la tartana.

—Está dicho: os vais Juan y tú en el carrito, del que tirará el caballo tordo: Anton irá con vosotros montado en el negro: á la vuelta engancha uno de los dos caballos á la tartana: y otro al carro en el que se vendrá él.

—Madre, dije yo: hagamos otra cosa: V. y yo nos vamos en el carro: Juan y Anton á caballo: á la vuelta, nos venimos los tres en la tartana y Anton á caballo.

—¿Pero para qué me queréis á mí?

—Yo por mí iré mas contenta: de paso compramos el traje que va V. á regalar á Maria.

—Cómprale tú á tu gusto.

—No, no! con V.

La buena anciana no deseaba otra cosa; se puso su vestido negro, su pañuelo oscuro, su mantilla de merino y terciopelo: yo me arreglé un poco y subimos al carrito.

¡Juan era tan feliz! sus miradas me daban gracias, como si fuera para mí un gran sacrificio el ir con su madre.

El carrito, al volver, llevaba un reclinatorio, una caja con cortinas, peines, pomadas, y otras varias cosas para el adorno del cuarto de los tilos.

Anton iba en el carro: Juan, su madre y yo, en la tartana que compramos y que es grandísima y muy cómoda.

Por la noche llegó Honoria: Juan, nuestros padres y yo fuimos á esperarla en la tartana.

—Bien venida sea V., señora, dijo mi madre: es V. amiga de nuestra niña, y basta para que la queramos.

—Nuestra casa es pobre y tosca, añadió mi padre; pero hallará en ella mucho cariño.

—¡Gracias, señora Catalina! ¡Gracias, señor Matías! exclamó Honoria estrechando sus manos; yo los conozco y los estimo desde hace largo tiempo!

Pronto te volveré á escribir Clara ¡quiera Dios que en tu primera me puedas decir como yo ahora: ¡soy feliz!

MÉLIDA.

(Se continuará.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.

ASPIRACION DEL ALMA.

Soñé con la ventura: por hallarla
Tras los placeres con afán corrí,
Y la ilusion primera de mi vida
Murió al rumor de báquico festín.

«La riqueza es la dicha», pensé entonces,
Y grandiosos palacios recorrí;
Y allí al orgullo y á la ciega envidia
Ocultando el dolor vi sonreír.

«¿Quién del poeta eclipsará la glori
¡Por el génio brillar! ¡Dicha sin fin!»
Dije: mas, ah, sus fúlgidos laureles
Regados siempre con su llanto ví.

«¿Do la felicidad?—clamé abatido,
La sombra al ver de mi esperanza huir,
Y oculta voz que resonó en mi alma,
—«En el cielo—me dijo—solo allí.»

Sevilla. JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

BONDAD INFANTIL.

(Conclusion.)

En aquella noche, Matilde, interrogándose alegremente, se decía: «Puedo estar completamente satisfecha por haber salvado la vida de tantos inocentes pajaritos: así que llegue el Estio, visitaré los campos y las selvas, y todos mis socorridos entonarán dulces cantares en agradecimiento del interés que me he tomado por ellos.»

Quedóse dormida en estas piadosas reflexiones, soñando que se hallaba en un hermoso y espeso bosque, cuyos árboles estaban cubiertos de alegres pajarillos. Le parecía verlos volar de rama en rama, en busca de alimento para sus hijos; oír el trino armonioso de sus arpadas lenguas, y sentir el balsámico ambiente despedido de innumerables flores que tapizaban el suelo. Esta ilusion, que le fingia un sueño dulce y tranquilo, hacia asomar á sus hermosos lábios una tierna y agradable sonrisa.

A la mañana siguiente, se levantó á la hora de costumbre, pensando en dar de comer á sus pajaritos; mas este día no se encontraba Matilde tan contenta como lo habia estado el anterior:

apenas le había quedado dinero en su bolsillo.

—Si continúa algunos días este tiempo de nieve, decía, ¿qué vendrá á ser de todos los demás pajaritos? Los malos niños se apoderan de ellos, y se los echarán vivos á sus gatos, puesto que mi pequeño caudal no me permite poder comprarlos para procurar su salvación.

A la vez que se hacía estas tristes reflexiones, tiraba de su bolsillo para contar el resto del dinero que le había quedado. Pero, cual fué su sorpresa, observando lo mucho que pesaba! Abrele con precipitación, y exhala un grito de alegría al ver multitud de monedas de todos valores, mezcladas y confundidas unas con otras. Llama á su querido padre, y en el delirio de su alegría, le cuenta ingenuamente cuanto acaba de suceder.

El cariñoso padre la estrechó contra su corazón, y abrazándola tiernamente, dejó caer algunas lágrimas sobre las sonrosadas mejillas de Matilde.

—Mi querida hija, le dijo, jamás he sentido momentos de tanta satisfacción como la que acabas de proporcionarme. Continúa haciendo por los desgraciados cuanto bien puedas, y tu bolsa aumentará en proporción de los beneficios que [dispenses].

¡Qué placer para la tierna Matilde! Corre inmediatamente, y vuelve en seguida con su delantal lleno de trigo. Todos los pájaros aleatean en torno de ella, como prestintiendo el momento de saciar su apetito. Desciende al patio, y arroja también al suelo otra porción de semilla para alimentar á los desgraciados que allí se habían refugiado. Mas de cien fueron las avecillas, próximas á ser víctimas del hambre, alimentadas por la inocente Matilde; el placer que con esta obra benéfica experimentó no tenía límites; ni sus muñecas, ni sus juguetes le habían halagado tanto, ni jamás le produjeron tan inmensa satisfacción.

Matilde volvió á meter la mano en su bolsillo, y en él encontró un billete que decía así: «Los habitantes del aire vuelan hacia tí, Dios y señor: tu les das el alimento, les tiendes tu pródiga mano, y, cuando ellos respiran, no es sino la satisfacción de tus beneficios.» Entonces volviéndose hacia su padre, le dice:

—¡Ah! yo soy en este momento como Dios; los habitantes del aire vuelan hacia mí, y á cuantos yo tiendo mi mano, otros tantos agradecen mis beneficios.

—Sí, hija mía, le contestó conmovido su pa-

dre; cuantas veces hagas algún bien, otras tantas serás imagen de Dios. Si tus semejantes imploran tu caridad, como las avecillas, y tú, compasiva, los socorres, doliéndote de sus desgracias, te parecerás á Dios. ¡Oh! ¡qué felicidad la de todo aquel que puede obrar como Dios!...

Matilde continuó por espacio de ocho días alimentando y cuidando con esmerado celo á todos los pajaritos que la cercaban. Al cabo de este tiempo quiso el cielo que la nieve empezara á derretirse; los campos se cubrieron de hermosa verdura, y las avecillas, refugiadas en los patios y portales de las casas, volaron con rapidez y alegría hacia los caminos, huertas, jardines y selvas. Pero las que se hallaban prisioneras en la habitación donde las había encerrado Matilde, así que divisaron los primeros rayos del sol, que penetraban por las ventanas de su prisión, intentaron respirar el aire libre, lastimándose con este motivo contra los cristales, y luchando en vano por conseguir su libertad.

Un día en que Matilde, acompañada de su padre, llevaba á sus pajaritos alimento, le dijo este:

—Hija mía, ¿por qué se hallan tan inquietas esta avecillas, cruzando los extremos de la habitación? Parece como si desearan algo.... No sería bueno darles la libertad, para que así puedan unirse, y ver á sus camaradas?...

—Tienes razón, papá; es cuanto pueden apetecer, después de los crudos días que acababan de sufrir. Voy á abrir las ventanas, y á dejarlas salir.

—Pienso que en ello les haces el mayor de los beneficios, le contestó el padre, y en el campo te manifestarán su alegría y agradecimiento. Estos infelices pajaritos volarán hacia sus compañeros, como tú corres hacia mí cuando regresas á casa, después de haber estado ausente algunos días.

Aun no había concluido de pronunciar estas últimas palabras, cuando ya tenían las pobres aves franca la salida, desalojando la habitación en menos de dos minutos. Vefase á unas volar por la superficie de la tierra, elevándose otras hasta perderse de vista; cruzar aquellas el aire señalando un punto imperceptible en el horizonte; un gran número, posarse con músico murmullo entre el follaje de la arboleda, y otras muchas, en fin, pasar y repasar por delante de la ventana de su prisión, cantando alegremente.



Matilde solía salir al campo todos los días, y por todas partes escuchaba, con inefable regocijo, los armoniosos trinos de sus pajaritos. Unos arrastraban su vuelo hacia sus pies; otros, como si quisieran coronar su frente, revoloteaban en las nubes por encima de su cabeza; y cuando Matilde distinguía á alguno entre las hojas de los arbustos, ó sobre las flexibles ramas de un árbol, exclamaba arrebatada de entusiasmo:

—Allí veo á uno de mis prisioneros; en su canto se conoce que este invierno ha comido bien.

Domingo Fernandez Arrea.

HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuacion).

Al llegar cerca del pueblo el capitán los reunió á todos para decirles que era indispensable dar al punto parte á la justicia y referir la verdad del hecho,

—Sin embargo, dijo Dalmacio, se nos reconvenirá porque habiendo leído en la cartera el nombre de su dueño y del matador la hemos arrojado.

—Es verdad; digamos solamente, que al ver que era del muerto, se lanzó con repugnancia sin pensar en abrirla, y Dios haga de ella lo que sea su voluntad.

Tomada esta determinacion separáronse todos.

Dalmacio, fingiendo entrar en la villa, dió un pequeño rodeo y volvió al campo y á repasar el río. Su vista de lince alcanzó pronto lo que buscaba. Entre unas guijas al márgen del monte, permanecía la cartera que el jóven arrebató volviéndose inmediatamente al pueblo.

Al entrar en él quedó admirado; la chispa eléctrica no corre con mayor rapidez que había cundido la noticia, circulando de boca en boca con el nombre de Peralta, el de Salvador el hijo de la maestra.

Ya no quedaba duda; Salvador estaba perdido, si no huía antes que el creciente rumor llegase á oídos de la justicia. Entonces entró en su casa, pasó por el pozo y quemó la cartera.

Íntil paso! Peralta no había consignado solamente y en una débil hoja de papel la terrible acusacion; en todas las paredes de la cueva, hasta donde alcanzaba la mano de un hombre, aparecía escrita; en los sitios de un color claro, con negros ó sangrientos caracteres, en los oscuros destacándose blanca, pero siniestra y aterradora, como sobre el negro fondo de un panteón los descarnados huesos de un esqueleto.

No quedaba duda; aquel Peralta de tan misteriosos antecedentes, que en su desesperacion acumulára á la entrada de la cueva cuanto en ella tenia, por si le era posible escapar, no había desaparecido á la manera de Rómulo y Edipo en medio de una tempestad, sino enterrado vivo por la mano de un hombre á quien acusaba una y mil veces con reiterado y frenético encono.

¡Pobre Salvador, desventurado mancebo, que en el umbral de la dicha, había visto abrirse la tierra, no para tragar como en los tiempos de Moisés á los sediciosos é impíos, sino para brotar de su seno la acusacion de su crimen! ¡Pobre Salvador, desventurado mancebo, que gime solo, contrito y arrepentido en el estrecho y sombrío ámbito de un calabozo! pero mas sin ventura aquel que en su horrible agonía, dominado por el odioso espíritu de venganza, no repetía perdonando á su enemigo las palabras del Rey profeta:

«No os acordeis, Señor, de los delitos de mi juventud.»

XI.

Salvador en el silencio de su calabozo no tornaba su pensamiento á los días de su infancia, que por tristes que hayan sido, dejan siempre en el corazón del hombre, como la exquisita esencia al vaso que la contuvo, un dulce y grato recuerdo.

Todo había desaparecido de su mente; lo pasado se le ofrecía como una figura mal diseñada que lo presente se apresuraba á borrar, mostrándole en cambio el oscuro porvenir como un fatídico y embozado esqueleto.

El borron que su culpa había echado sobre su desconsolada familia, el dolor de su madre que al reconocer su obcecacion y codicia, gérmenes ó estímulos del crimen de su hijo, no le había hecho la mas leve reconvencion; la amargura de Coloma, que se reprochaba continuamente no haber sacrificado en silencio no solo su amor, sino hasta su existencia al mandato de

la que le servia de madre; presentábanse á su memoria con la fugitiva imagen de la felicidad que le sonrió un momento.

Esta última idea despertaba en él una extraordinaria ansia de vivir, que acrecia la persuasion de que una sentencia de muerte se cernia sobre su jóven existencia.

Mas al notificársele que la ley respetaba sus dias, condenándole solo á arrastrar por tiempo indefinido la oprobiosa cadena del presidiario, la mas horrible desesperacion apoderóse de él; tan grande es á veces la inconsecuencia del corazon humano.

Vanamente la desolada madre y la enamorada jóven procuraron, ocultándole su propia angustia, calmarle en aquel frenético arrebato y atraerle con sensatas reflexiones al terreno de la razon; sus esfuerzos se estrellaban en aquel juicio obcecado como las olas del mar en la roca que combaten, como las advertencias del cuerdo en la preocupacion del demente.

La naturaleza del jóven, harto quebrantada ya por los padecimientos morales que llevaba consigo su remordimiento, que no habia logrado acallar la sinceridad de sus confesiones, y el baldon que veia, antes en idea, y que con la irrevocable sentencia recaia ya sobre él, alcanzando á todos los de su familia, como alcanza con su amargura una gota de acibar hasta el agua mas honda del vaso donde cae; le impresionaron tan hondamente que una fiebre devoradora apoderóse de él, llevándole en pocos dias al borde del sepulcro.

Su estado era cada vez mas alarmante, sus delirios mas espantosos: entonces habilitóse para el enfermo en la misma cárcel, una apartada y reducida estancia donde no tuvieran tantos sufrimientos importunos testigos y donde pudiera además proporcionarse cuanto fuera necesario.

Así se pasó una semana; al cabo de ella, el enfermo pareció aliviarse, sus potencias embotadas recobraron su antigua lucidez, y la memoria de lo pasado presentósele clara, pero menos desconsoladora y sombría, pues la acompañaba la idea de la misericordia divina.

El médico creyó un deber ahuyentar prontamente las ilusiones que el momentáneo alivio del enfermo hacia acariciar á la aterrada familia. Salvador comprendió intuitivamente las palabras que no habian llegado á su oído, y se mostró resignado, casi contento.

Dirigió palabras de consuelo á su madre que

no se apartaba de su cabecera, y á Coloma que derecha y con las manos cruzadas vertia al pié de su lecho continuas y silenciosas lágrimas.

—No suspireis, madre, dijo con resignado y débil acento; no llores, Coloma, que ese duelo ofende á Dios. Démosle todos gracias porque manda al ángel de la muerte que corte mi pobre vida al lado de cuanto tengo y he querido en el mundo. Léjos de aquí y en cumplimiento de mi destino, los dias de mi existencia hubieran sido tristes y trabajosos, y mi muerte, que no hubiera tardado en llegar, solitaria ó entre estraños en el repugnante é incómodo lecho de un hospital... Ahora una madre, y la que habia de ser compañera de mi vida, rodean con su amor el lecho del moribundo, emdulzarán su agonía y acompañarán sus restos á la postrer morada.....

Algunas horas mas tarde, despues de haber tenido el enfermo con el sacerdote que le asistia una larga conferencia y haberse dispuesto á morir dignamente, quedó unos momentos en profunda concentracion, luego deseó despedirse de su familia.

Coloma, encerrando en su alma la inmensidad de su dolor, acercóse al enfermo durante una momentánea ausencia de la maestra; Salvador, cogiéndole las manos, le dijo:

—Coloma, Jesucristo en la cruz recomendó su madre al discípulo amado; yo, pobre criminal, recomiendo la mia á la sola mujer que he querido. Coloma, por mi amor hagan tus cuidados menos amarga y triste su soledad.

—¿Y has podido suponer, repuso la jóven con voz ahogada por los sollozos, que la dejase nunca? Mientras aliente, estaré á su lado, la consolaré en sus dolores, y si Dios dispone que me preceda en el trance que á nadie es dado evitar, yo seré quien cierre sus ojos y la postrera que se aleje de su sepultura. Solo despues de haber cumplido tan santos deberes, tomaré el negro velo de la hermana de Caridad.

(Se concluirá).

Maria Mendoza de Vives.

LAS LÁGRIMAS.

Como el amor es la vida,
Así las lágrimas son
Del sentimiento medida,
Y sangre del corazon.

No brotan del pecho frio,
Es un don que no es del suelo;
Llorar no puede el impio,
Las lágrimas son del cielo.

Son las voces del amor,
Cuando ha perdido la calma,
Vencido por el dolor,
Purificacion del alma;

El llanto de la inocencia
Revocar ha conseguido
Del mismo Dios la sentencia,
A una lágrima rendido.

El fin del llanto es la risa,
Que no es eterno el quebranto;
Pero al hombre Dios avisa,
Que el de la risa es el llanto.

El marqués de Heredia.

REVISTA DE LA SEMANA,

Cuernos y trompas. — La rifa de Beneficencia. — Cuadros al vivo. — El Alcalde de Pedroñeras. — Lo que se acerca. — El figurín.

Ya que no haya justo motivo para hacer resonar las trompas de la fama en celebracion de los sucesos que han ocurrido en la semana de que voy á ocuparme, permítaseme invocar la trompa de un elefante, que es, como si dijéramos, la trompa á la órden del dia.

Dos honrados y pacíficos toros, fueron sacados de sus casillas hace pocos dias, para ser victimas de la furia del mas grande de los animales conocidos, y de la de un público que, entre los prudentes, es el mas prudente de todos.

Someto á la consideracion de mis bellas lectoras el espectáculo á que todos hemos acudido.

Figúrense un señor elefante, gordo, como un comerciante de ultramarinos; grave, como un crítico en noche de estreno, y feo como él solo, que se coloca en medio de la plaza y dice ¿toritos á mi?

Los toros se dirigen á él; uno de ellos le atraviesa la trompa en un rapto de entusiasmo artístico, el otro cae debajo de los colmillos del respetable animalito, y el uno debajo de los colmillos, y el otro debajo de la trompa, comprenden que no se está mal en tan agradable

lugar y se pasan así media hora larga de talle, sin duda para que el público pueda fumar un cigarrito con cierta gracia que el caso requiere.

El público se marchó de la plaza bramando, consecuencias de aproximarse á los toros; y por disputas y apuestas en pró ó en contra de la lucha, hubo quien repartió *trompadas* á diestro y siniestro, imitando casi con mas gracia que el elefante, los graciosos movimientos de este.

Dejando á un lado cuernos y trompas, pasemos á otro asunto menos enojoso.

La rifa de la Asociacion de Beneficencia ha comenzado. Los pollos acuden á tomar un número de las manos de una preciosa rubia ó morena, que parodiando graciosamente á la fortuna, reparte la suerte á los que se llegan al bazar improvisado. El público acude á depositar su óbolo para contribuir al consuelo de los desgraciados. No hay nada que me parezca mas sublime que una mujer hermosa sirviendo de medianera para reconciliar á los ricos con los pobres.

Los periódicos se han ocupado estos dias de la última reunion de casa de los señores condes de Seláfani, y en la cual se ha ofrecido el grato espectáculo de la representacion de cuadros al vivo, religiosos y alegóricos. En tiempo de cuaresma, cuando la devocion y el recogimiento están, digámoslo así, en su mas alto grado de esplendor, nada mas adecuado á la contemplacion, que la presencia de los sucesos bíblicos; y el alma se trasporta al cielo, sobre todo, cuando la representacion de aquellas escenas se lleva á tal extremo de verdad y de parecido.

Los teatros han ofrecido pocas novedades. En el de la calle de la Magdalena, se ha representado una lindísima pieza titulada: *El alcalde de Pedroñeras*, original del conocido autor dramático Sr. Mozo de Rosales. Versificada con suma facilidad, y abundante en chistes de muy buena ley, hizo las delicias de los espectadores. La ejecucion fué esmeradísima.

Pronto debe concluir la temporada cómica de este año, y pronto deben comenzar las alegres veladas de los Campos Eliseos, de los circos de caballos, y de las sillas del Prado, que á veces ofrecen tambien muy variados espectáculos.

Entretanto, mis lectoras pueden ir encargando á sus modistas trajes de última novedad, acomodados á los figurines del *Angel del Hogar*, que tan bien explicados están por mi co-redactora *Pamela*.

Eusebio Blasco.

LABORES.

Explicacion del pliego de dibujos.

El magnífico pliego, que repartimos hoy á nuestras suscriptoras, les demostrará una vez mas que no perdonamos sacrificio alguno para complacerlas.

Cuarenta y cuatro son los dibujos que contiene, y tanto por su número, como por su delicadeza, buen gusto y utilidad, pueden estar seguras nuestras lectoras de que ninguna otra publicacion, ni aun siendo mas cara que la nuestra, nos aventaja en este punto.

Número 1. Cuerpo de una falda de niño para bordar á plumetis, y punto de armas, con calados de Alenzon en el interior de las flores.

Número 2. Tirante para volver sobre el hombro y guarnecer la espalda hasta la cintura.

Número 3. Delantal de la falda.

Número 4. Guarnicion de la falda, que puede servir tambien para adornar la parte inferior de la manga.

Número 5. Dorso de una bolsa para bordar en soutache negro de seda sobre terciopelo azul.

Número 6. Delantero de la bolsa.

Número 7. Punta de pañuelo con escudo para iniciales: se borda á plumetis y punto de armas.

Número 8. Punta de pañuelo que se guarnecerá de guipure: las mariposas se bordan á plumetis, feston y punto de armas. Cifra T. C.

Número 9. Mitad de una gorrita de niño para bordar á feston y plumetis con entredos de Valenciennes.

Número 10. Casco de la gorrita.

Número 11. Cuello para bordar en aplicacion sobre tul de Bruselas, con punto de escala en las hojas y punto de Alenzon en las flores.

Número 12. Puño correspondiente.

Número 13. Cuello para bordar sobre muselina á feston y budoquitos.

Número 14. Puño correspondiente.

Número 15. Entredos para enagua bordado con soutache: los cuadros se rellenan con malla bordada al pasado.

Número 16. Entredos del mismo género.

Número 17. Idem idem.

Número 18. Entredos, bordado á la inglesa y realce para pantalon.

Número 19. Entredos bordado á punto ruso en lana negra, para camisa rusa de cachemira blanca.

Número 20. Entredos mas pequeño para el cuello y los puños de la camisa rusa.

Número 21. Tira á feston y lunarcitos para guarnecer gorras de noche.

Número 22. Babero bordado con soutache sobre piqué.

Número 23. Honorine, á plumetis para pañuelos.

Número 24. Gertrude id. id.

Número 25. Eulalie, id. id.

Número 26. Therese id. id.

Número 27. Honorine, para pañuelo de niña.

Número 28. Julienne, á plumetis.

Número 29. Pelagie, id.

Número 30. Francoise, id.

Número 31. Ursule id.

Número 32. Zelig id.

Número 33. J. A. á plumetis y punto de armas para pañuelo.

Número 34. E. A. id. id.

Número 35. J. A. á plumetis.

Número 36. M. C. enlazadas para pañuelo de caballero.

Número 37. J. C. enlazadas á plumetis, y superadas por una corona de marqués.

Número 38. A. F. enlazadas á plumetis.

Número 39. E. D. enlazadas para mantelería.

Número 40. E. D. enlazadas y floreadas para pañuelos de batista.

Número 41. P. V. M. enlazadas para pañuelo de caballero.

Número 42. C. M. enlazadas á plumetis y punto de escala para fundas de almohada.

Número 43. C. P. enlazadas á feston para lo mismo.

Número 44. Tira, á punto de posta, para guarnecer camisas. (Algodon liso núm. 24.)

Pamela.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, José Marco.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14